

de acabar,» dice el conquistador; y los soldados, desalentados, murmuraban de su general, diciendo que se empeñaba en realizar cosas superiores al esfuerzo humano; que mas acertado seria volver á Méjico, antes que de fatiga pereciese la gente, que continuar un viaje, en que todos sucumbirian sin remedio, acosados por el hambre y agobiados por la fatiga. Muchos, exasperados por las penalidades que sufrían, llegaron á expresar su disgusto, casi dirigiéndose al jefe castellano. El desaliento se habia apoderado de la mayoría, juzgando que la obra comenzada era imposible acabar. Hernán Cortés comprendia, como él dice, «que en verdad tenían razon, por ser la obra emprendida de una magnitud que parecia imposible darle cima;» pero teniéndola él por hacedera, se propuso llevarla á cabo. Para manifestar que tenia seguridad en dar feliz término á la empresa, dijo á sus soldados que no trabajasen ya en nada relativo al puente: «yo lo haré con los indios,» añadió. Una súplica del jefe castellano bastó para que los guerreros mejicanos, que iban en la expedicion, redoblasen sus esfuerzos. Los soldados españoles, avergonzados de estar ociosos cuando su general trabajaba ayudado de los aztecas, volvieron á tomar parte muy activa en la construccion, y el puente quedó terminado á los cuatro dias. La dificultad que parecia insuperable, estaba vencida.

El puente lo formaban mas de mil vigas, del grueso del cuerpo de un hombre, la mas delgada de ellas, y de sesenta pies de largo, sin otra considerable cantidad de madera para formar el pavimento. La obra presentaba notable solidez, y en concepto del conquistador podria exis-

tir mas de diez años, si no la destruía exprofeso la mano del hombre. La obra llenó de admiracion á los habitantes de las provincias comarcanas. Al contemplar colocado sobre el profundo estero aquel majestuoso puente de quinientos pasos de longitud, sólidamente sostenido por las enormes y numerosas vigas que salían del fondo como indestructibles columnas, juzgaron «que ninguna cosa era imposible á los hombres blancos» y produjo en sus ánimos un efecto favorable hácia los españoles, pues influyó poderosamente, dice el conquistador, «en la adhesion que le manifestaron luego los pueblos por donde pasaba.» No carecian de justicia los indígenas al calificar de prodigiosa la obra construida como por encanto. Cualquiera de los hombres de nuestro siglo que considere que, cuatro dias antes, todo el material con que se formó el ancho y largo puente eran gigantescos árboles que constituían una parte de los bosques, no podrá menos que confesar que fué un hecho que difícilmente se hubiera acometido por otros hombres. Prescott, admirado del esfuerzo de Cortés y de sus soldados, dice que fué una empresa «digna de los españoles.» Muy acreedores á participar de una parte de la gloria de ese hecho son tambien los aztecas que marchaban en la expedicion. Los mejicanos manifestaron admirable inteligencia en la parte que tomaron en la construccion del puente; y el caudillo español alaba justamente la destreza de ellos en su carta á Carlos V (1). La obra

(1) «Y diéronse tan buena priesa y maña en ello, que en cuatro dias la acabaron, de tal manera que pasaron por ella todos los caballos y gente, y tardará mas de diez años que no se deshaga si á mano no la deshacen; y esto ha de ser con quemarla, que de otra manera seria dificultoso de la deshacer, porque lle-

subsistió por muchos años como una página de la energía del hombre extraordinario que era el primero y acaso sería el último también que cruzase con un ejército por aquellos desiertos, y conservó el nombre de *Puente de Cortés*.

No bien habían pasado las tropas al otro lado del estero, cuando se encontraron con dificultades no menos terribles. Una inmensa ciénaga «la cosa mas espantosa que jamás las gentes vieron,» dice el conquistador á Carlos V, se extendía al frente. Los soldados se encontraron sumidos en el lodo hasta la cintura; y los caballos, llevados de las riendas por los ginetes y desensillados, á fin de que pudiesen romper más fácilmente, se atascaban hasta el pescuezo. Los esfuerzos que los corceles y los hombres hacían para salir, daba por resultado que se sumiesen mas y mas en el pantano. Allí perdieron todos la esperanza de poder pasar, y se tuvo por seguro que ningun caballo saldria de la ciénaga. Hernan Cortés alentaba á su gente para que continuase avanzando, echando sobre el fangoso terreno ramas de árboles y haces de yerba, que expreso llevaban para el objeto. En medio de los esfuerzos que la gente hacia para caminar, se abrió en medio de la ciénaga un callejon de agua y cieno. Esto alentó al ejército. Los caballos empezaron á nadar algo, y al fin de extraor-

va mas de mil vigas que la menor es casi tan gorda como un cuerpo de un hombre, y de nueve y diez brazas de largura, sin otra madera menuda que no tiene cuenta; y certifico á V. M. que no creo habrá nadie que sepa decir en manera que se pueda entender la órden que estos señores de Tenuxtitan que conmigo llevaba y sus indios tuvieron en hacer este puente, sino que es la cosa mas extraña que nunca se ha visto.»—Quinta carta de Cortés á Carlos V.

dinarias fatigas y de peligros, los expedicionarios lograron salir del funesto sitio en que creyeron quedar enterados (1).

Pero si habían salido del terreno flojo y saturado de agua, no por esto dejaban de verse envueltos en una horrible calamidad, que era el hambre. Las cortas provisiones de maiz con que se pusieron en camino, se habían consumido en los cuatro dias que duró la construcción del puente. Los soldados buscaban las raíces y las yerbas para no perecer de necesidad, y algunos cortaban árboles muy altos, semejantes á la palma, que daban una fruta parecida, en la forma, á la nuez encarcelada, que asaban y comían.

En aquellos angustiosos momentos llegó al campamento Bernal Diaz del Castillo con otros tres compañeros que Hernan Cortés había enviado, algunos dias antes, á la provincia de Acalan, por rumbo distinto. Habían sido recibidos afectuosamente por los habitantes, y volvían conduciendo, acompañados de muchos indios, ciento treinta cargas de maiz, varias de alubia, ochenta gallinas, miel, ají y diversas frutas.

(1) «Dimos luego en una gran ciénaga que duró bien dos ó tres tiros de ballesta, la cosa mas espantosa que jamás las gentes vieron; donde todos los caballos desensillados se sumían hasta las orejas, sin parecer otra cosa, y queriendo forcejar á salir, sumíense mas, de manera que allí perdimos del todo la esperanza de poder pasar y escapar caballo ninguno; pero todavía comenzamos á trabajar, y con ponelles haces de yerba y ramas grandes debajo, sobre que se sostuviesen y no se sumiesen, remediábanse algo. Andando así trabajando, yendo y viniendo de la una parte á la otra, abrióse por medio un callejon de agua y cieno en que los caballos comenzaron algo á nadar.»—Quinta carta de Cortés.

Entre los indios de Acalan iban dos personas de suposición, encargadas de manifestar al general castellano, de parte del señor de la provincia, su adhesión hácia los hombres blancos y su deseo de servir al monarca de Castilla. Como prueba de amistad, le entregaron un presente de algunas telas y un poco de oro. El caudillo español les obsequió atentamente, correspondió al regalo con otro, y les dijo que manifestasen su agradecimiento á su señor.

Los mensajeros partieron alegres y satisfechos del buen recibimiento de Cortés, y dieron á sus compatriotas las más tranquilizadoras noticias.

Mientras el caudillo español se habia ocupado en hablar con los enviados indios, los soldados por el hambre, habian acabado con todo el bastimento, sin que quedase para el general un solo grano de maiz (1).

La necesidad del jefe castellano, así como la de sus oficiales, no era menor que la que habian tenido los soldados. Un puñado de maiz era considerado como un regalo de inestimable precio. Hernan Cortés le suplicó á Bernal Diaz, que procurase en lo sucesivo guardarle alguna cosa; y Gonzalo de Sandoval, que estaba á su lado, aseguró «que tampoco él tenia un puño de maiz que tostar y hacer cacalote (2).»

El ejército continuó su marcha hácia Acalan, pocas horas despues de haber partido los mensajeros enviados

(1) «Así como llegué con el maiz y bastimentos, como era de noche, cargaron todos los soldados y lo tomaron todo, que no dejaron á Cortés, ni á ningún capitán ni á Sandoval cosa ninguna.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

por el señor de la provincia. Las tropas pernoctaron en un monte, y á las doce del siguiente dia llegaron al pueblo de Tizatepetl, perteneciente á la expresada provincia. Los habitantes y el cacique de la poblacion recibieron á los españoles con las mas sinceras muestras de cariño y les obsequiaron con abundantes víveres. A fin de que tuviesen mejores alojamientos, el cacique invitó á Cortés á que pasase á otro pueblo tambien suyo, que el conquistador llama Teutiercas. La situacion de la ciudad era pintoresca, y entre los edificios que ostentaba, se destacaban numerosos *teocallis* de imponente altura. Uno de esos templos estaba consagrado á una diosa á que manifestaban singular devoción. En las fiestas que se hacian en honor de ella, se le sacrificaban doncellas que, á su pureza, reuniesen la mas perfecta hermosura. Hernan Cortés les manifestó al cacique y á los nobles, el error de sus creencias religiosas, por medio de la elocuente Marina, y se mostraron dispuestos á abrazar el catolicismo.

La misma excelente acogida halló el ejército expedicionario en la poblacion principal de Acalan, llamada Izancanac, en que residia el jefe supremo ó señor de la provincia. Se hallaba situado Izancanac, en la ribera de un notable estero que atravesaba el puerto de Términos de Jicalango y Tabasco. Era una poblacion grande, de elevadas y espaciosas mezquitas, rica en sementeras de maiz, y abundante en pescado. En ella adquirió Cortés noticias importantes respecto de varios puntos en que se hallaban algunas fuerzas españolas que habia enviado, estando en Méjico, á colonizar. El señor de la provincia manifes-

tándose altamente adicto al caudillo castellano, le hizo saber las dificultades que se ofrecerian en su marcha hasta el lejano sitio en que podria encontrar á los suyos, y le dió un ancho lienzo en que estaban representadas las poblaciones, montañas, rios y ciénagas que se encontraban en el camino.

Las penalidades y trabajos, como se ve, iban á continuar como hasta entonces.

La terrible idea de los sufrimientos que aun esperaban á los expedicionarios, causó en los soldados un profundo disgusto. Los españoles se hallaban estenuados por las miserias pasadas y la incesante fatiga, los caballos flacos y sin brio, mojadas las municiones de guerra, descompuestos muchos arcabuces y embotado el filo de las espadas, pues se hacia uso de ellas para abrir camino en la espesura de las selvas.

Una noche en que el ejército descansaba de sus pasadas fatigas, para prepararse á otras nuevas, se presentó en el alojamiento de Hernan Cortés, con mucho secreto, uno de los nobles mejicanos perteneciente á la comitiva del emperador Guatemotzin. El azteca que, recatándose de sus compatriotas, se acercó misteriosamente al caudillo español, se llamaba Mexixcaltzin, que después recibió con el bautismo el nombre de Cristóbal. Al verse en la presencia del general castellano, sacó un lienzo que figuraba un mapa con algunas figuras, y por medio de la intérprete Marina, le expuso el objeto de su secreta visita. Le dijo que el emperador Guatemotzin, el señor de Tacuba y los nobles que le acompañaban, habian conferenciado varias veces, tratando en sus juntas de la manera de vol-

ver á recobrar el poder. Que siendo pocos los españoles que iban en la expedicion y marchando enfermos muchos, descuidados todos, y descontentos en general, habian manifestado que sería fácil destruirlos cuando les viesen metidos en una ciénaga, pues podian disponer de tres mil guerreros, que iban armados de lanzas y de espadas. Añadió que muerto desde el general hasta el último soldado, juzgaban cosa muy fácil volver á la capital y hacer empuñar las armas á todos los pueblos y acabar con los pocos castellanos que habian quedado en Méjico. Conseguido esto, las provincias sujetas antes al imperio volverian á la obediencia, y los hombres blancos serian arrojados aun de los puntos marítimos que ocupaban.

En cuanto acabó Mexixcaltzin de poner en conocimiento de Cortés lo que en sus conversaciones habian tratado Guatemotzin y sus nobles, se alejó con las mismas precauciones, sin que los suyos hubiesen notado su corta ausencia.

No perdió tiempo el caudillo español al saber los detalles de la terrible trama que se le acababa de denunciar. En cuanto brilló la luz del dia, hizo prender á los acusados y los puso separados en sitios donde no pudieran comunicarse unos con otros (1). Interrogados uno por uno, haciéndoles ver

(1) El padre Cabo dice que «en el silencio de aquella misma noche (la en que llegó á Izancanac) mandó ahorcar á Quauhtemoc, rey de Méjico, Cohuacox, de Texcoco, Tetepanquetzal, de Tacuba, con otros caciques de los mas notables de entre los mejicanos;» y asienta que, segun lo que refiere Cortés, «con el parecer de sus capitanes los ahorcó.» Respecto de los que recibieron la muerte, manifestado queda que solo fueron Guatemotzin y el señor de Tacuba. Que no fué la ejecucion en la noche en que asienta que llegaron si-

que nada de lo que habian hablado se ignoraba, cada uno confesó la verdad, creyendo que los demás habian hecho lo mismo. Manifestaron que, con efecto, se habia tratado de una conspiracion; pero aseguraron que esta habia sido proyectada por Guatemotzin y su primo el señor de Tacuba; pero en la cual habian rehusado entrar ellos. Cuando Hernan Cortés se presentó á Guatemotzin y le hizo saber lo que habian revelado los demás presos, confesó que, con efecto, habia promovido varias veces aquel punto, pero que nunca tuvo intencion de ponerlo en planta. Su primo el señor de Tacuba, para no confesar ni negar el hecho, contestó que varias veces habian expresado él y Guatemotzin que era preferible morir de una vez, que soportar las penurias del viaje emprendido (1). Inmediatamente se les formó proceso, y Guatemotzin y el señor de Tacuba fueron condenados á sufrir la muerte de horca. Los demás personajes aztecas fueron puestos en libertad.

guiendo á Torquemada, se manifiesta por las palabras de Cortés: «Pues como yo fui tan largamente informado por aquel Cristóbal, de la traicion que contra mí é contra los españoles estaba urdida, di muchas gracias á Nuestro Señor por habérmela así revelado, y luego en amaneciendo prendí á todos aquellos señores.»—Respecto de que afirma Cortés haber obrado con parecer de sus capitanes, no dice una sola palabra el conquistador. Esto me persuade que ni Torquemada ni el padre Cabo llegaron á ver la quinta carta de Cortés.

(1) Prescott dice que los principales señores aztecas confesaron el hecho de la conspiracion, asegurando que habia sido proyectada por Guatemotzin; pero que éste y el cacique de Tacuba ni confesaban ni negaban la acusacion, manteniendo un obstinado silencio. Como se apoya para su asercion en la vez autoridad de Bernal Diaz del Castillo, me veo precisado á manifestar que éste dice todo lo contrario con respecto á Guatemotzin, aunque no así al hablar del señor de Tacuba. La asercion del señor Prescott corresponde, pues,

Desde el instante que se pronunció la sentencia contra los acusados, los sacerdotes católicos, llenos de celo evangélico, se dirigieron á la prision para consolarles con los auxilios religiosos. Guatemotzin y su primo el señor de Tacuba habian abrazado el cristianismo poco despues de la rendicion de la capital, y encontraron en los ministros del Señor, su consuelo. Ambos eran buenos creyentes, dice Bernal Diaz, y se confesaron para recibir la muerte (1).

Al dirigirse de la prision al sitio fatal en que debian abandonar para siempre el mundo, iban con firme y pausado paso. Un religioso les exhortaba, por medio de la bondadosa Marina, y los demás iban rezando á su lado. Pronto llegaron al sitio en que debia verificarse la ejecucion. Guatemotzin, conservando el valeroso espíritu que siempre le habia distinguido, exclamó al verse debajo del árbol en que iba á ser colgado: «Bien sabia yo, capitán Malinche, que este era el fin que me destinabas, ya que no me dí la muerte por mis propias manos cuando te apoderastes de la capital. ¿Por qué me matas sin justicia?

con referencia al segundo, pero no por lo que toca al primero de aquellos dos príncipes aztecas, como se ve por las siguientes palabras de Bernal Diaz, cuya autoridad sigo yo tambien: «El Guatemuz confesó que así era como habian dicho los demás; empero que no salió de aquel concierto, y que no sabe si todos fueron en ello ó se efectuaría, y que nunca tuvo pensamiento de salir con ello, sino solamente la plática que sobre ello hubo; y el cacique de Tacuba dijo que entre él y Guatemuz habian dicho que mas valia morir de una vez que morir cada dia en el camino, viendo la gran hambre que pasaban sus macechuelas y parientes.»

(1) «Eran para indios muy buenos cristianos, y creian bien é verdaderamente.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

Dios te lo demande cuando aparezcas ante su recto tribunal (1).» El señor de Tacuba dijo que consideraba como una felicidad morir al lado de su emperador. Poco despues los dos desgraciados príncipes fueron colgados de las robustas ramas de un frondoso árbol que se hallaba á orillas del camino (2). La funesta y sensible escena que referida queda, aconteció, segun Herrera, en el carnaval de 1525, en la referida poblacion de Izancanac, á los cuatro meses despues de haber salido de Méjico y á los cuatro años de rendida la capital.

Este fué el triste fin que tuvo el jóven y bravo emperador azteca, que con heroicidad sorprendente y ánimo inquebrantable defendió la metrópoli del imperio. Empezó su reinado manifestando el espíritu levantado de un príncipe patriota; cayó, correspondiendo sus hechos á su

(1) «Oh! capitan Malinche! Dios habia que yo tenia entendido é habia conocido tus falsas palabras, que esta muerte me habias de dar, pues yo no me la dí cuando te entraste en mi ciudad de Mejico: ¿por qué me matas sin justicia? Dios te lo demande.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) Prescott, siguiendo á Gomara, dice: «que fueron ahorcados en compañía de uno ó mas nobles, porque el número es incierto.» El padre Cabo, bebiendo en la misma fuente, asienta que mandó ahorcar á Quauhtemoc, rey de Méjico, Cohuanatcox, de Texcoco, Tetepanquetzal, de Tlacopan, con otros caciques de los mas nobles entre los mejicanos.» D. Lúcas Alaman pone que fueron ahorcados «Guatemotzin, y el rey de Tacuba y otro de los nobles.» Pero este es un error. Claramente manifiesta Cortés en su quinta carta que ningun otro perdió la vida. «Y desta manera, dice, fueron ahorcados estos dos, y á los otros solté porque me parecia que tenian mas culpa de habellos oido, aunque aquella bastaba para merecer la muerte.» Si hubiera sufrido la pena alguno mas, no tenia por qué ocultarlo: y no se hubiera atrevido á mentir al monarca, exponiéndose, sin necesidad, á un castigo por la mentira. Bernal Diaz del Castillo, que no vió la carta de Cortés, asegura lo mismo que éste; que fueron únicamente Guatemotzin y el señor de Tacuba los que perdieron la vida.

nombre, con la gloria del águila altiva, y murió con la intrépida resolucion del príncipe y del guerrero (1). Su nombre es digno de figurar al lado del de los mas distinguidos héroes de la antigüedad. La defensa que hizo de la ciudad, combatiendo sin descanso dia y noche, sufriendo con denodada resolucion el hambre, la sed y la miseria, para sostener la independenciam de la patria, le hacen digno de nuestra admiracion y de la del mundo entero. Murió á los veintisiete años de su edad, dejando una esposa jóven y bella, hija del desgraciado emperador Moctezuma, llamada Tecuichpo, que mas tarde llegó á unirse en matrimonio con un hidalgo español (2).

Mucho se ha escrito respecto á si era ó no suficiente la acusacion de los nobles aztecas para condenar á la última pena á los dos notables príncipes de Anáhuac. El juicioso historiador norte-americano D. Guillermo H. Prescott dice que, tanto «por la falta de pruebas como por el transcurso del tiempo en que aquella acaeció, es muy difícil decidir la cuestion, pero que nuestro criterio debe descansar en el testimonio de los que fueron testigos presenciales de aquel acontecimiento.» Abrazando este seguro princi-

(1) Guatemotzin, como tengo dicho en el tomo anterior, significa «águila que se desprende ó que cae.»

(2) La viuda de Guatemotzin, que en el bautismo recibió el nombre de Isabel, se casó con el contador Alonso de Grado, hombre de alta importancia en aquella época y que desempeñó cargos muy honoríficos. Habiendo vuelto á enviudar contrajo nuevas nupcias con Pedro Gallego, de quien tuvo un hijo llamado Juan Gallego Moctezuma; y viuda por tercera vez, contrajo matrimonio por cuarta vez con Juan Cano, que marchó con Narvaez á la Nueva-España. De este enlace tuvo tres hijos y dos hijas, por quienes se difundió el apellido Cano Moctezuma.